

to en la nota á la pág. 102, línea 1. Así, pues, en lugar de deducirse de los hechos sobrenaturales contenidos en los Evangelios la naturaleza legendaria de estos, debe deducirse el carácter sobrehumano y divino de la economía terrestre de Jesús.

Pág. 107, lin. 7 y siguientes. Los Evangelios son composiciones impersonales en que desaparece enteramente su autor, puesto que no significa gran cosa un nombre propio en esta clase de obras, etc.

M. Renan se engaña al sentar que las fórmulas solemnes *segun Mateo*, *segun Márcos*, *segun Lucas*, *segun Juan*, no indican los cuatro autores del Evangelio. No hubiera caído en este error, si hubiera advertido con Eickhorn, Schmidz, Bertholdt, Gratz y Olshausen, que las fórmulas en griego: Evangelio *segun Mateo* y demás, son *elípticas*, y que debe suplírselas intercalando, *de Jesucristo*; de manera que la fórmula completa es: *Evangelio de Jesucristo segun Mateo*. Por esto ha sido necesario valerse, para indicar el autor, de la perífrasis del genitivo, *segun Mateo*, mas bien que del genitivo mismo, *de Mateo*.

En efecto, dos argumentos, el uno filológico y sacado de la manera de hablar, y el otro histórico y fundado en el testimonio de nuestros antiguos, nos daa la prueba de ser éste el valor de dichas fórmulas: 1º Por la manera de hablar profana, puesto que en Platón (*Cratyl.* 4), segun Eutidemo, significa, autor eutidemo; 2º por el modo de hablar bíblico, puesto que se lee en el segundo libro de los Macabeos (II, 13), *segun*, por, en los comentarios de Nohemias; 3º por el modo de hablar eclesiástico, porque se encuentra con gran frecuencia en los Santos Padres y en los antiguos escritores cristianos las frases, *segun* los Setenta, *segun* Aquila, es decir, de los Setenta, de Aquila, ó lo que es lo mismo, intérpretes y autores los Setenta, Aquila; y finalmente; 4º por la autoridad del testimonio de los antiguos que empleaban *indiferentemente* las fórmulas, *segun* Mateo, y de Mateo *segun* Márcos y de Márcos, etc." Por consiguiente, para ellos *Evangelio segun Mateo*, es lo mismo que *Evangelio de Mateo* y así de los demás. Hé aquí cómo se explica Eusebio en su *Historia eclesiástica* hablando del orden de los Evangelios: "Habiendo predicado Mateo en un principio á los judíos, y yendo á separarse de ellos para enseñar á las demás naciones, escribió su Evangelio en su propia lengua. Márcos y Lucas, habiendo publicado cada uno su propio Evangelio, refieren que Juan que no habia anunciado hasta entónces la palabra de Dios mas que de viva voz, se determinó al fin á escribirla."

El sabio Valkenarius (*Selecta Scholis Valkenaris*, t. I. p. 3), no vaciló en afirmar, que las palabras griegas que se traducían por Evangelio *segun* Mateo, etc., se interpretaban por lo común muy mal y contra el uso de la lengua griega, pues deberían traducirse por Evangelio de Mateo.

Mas añade M. Renan que así como las fórmulas: Evangelio, *segun* los hebreos, *segun* los egipcios, significan los Evangelios que contienen las tradiciones de los hebreos y de los egipcios, así las fórmulas paralelas; *Evangelio segun Mateo* y *Evangelio segun Márcos*, significan los Evangelios compilados segun las tradiciones de Mateo, de Márcos, etc.

Es admirable en verdad, que no haya advertido M. Renan ni la *false*

dad de su comentario ni el abuso manifiesto del paralelismo, pues verdaderamente al llamar á los Evangelios, evangelios segun los hebreos y segun los egipcios, lejos de decir que signifiquen comentarios y libros redactados "segun las tradiciones de los unos y de los otros," significan únicamente los Evangelios recibidos y venerados por los egipcios y por los hebreos. La historia y la naturaleza misma de las cosas impedian que se atribuyera el mismo sentido á las fórmulas, segun Mateo, segun Márcos, que á las, segun los hebreos, segun los egipcios. Lo impedia la historia, puesto que presentándonos á Mateo y á Márcos como AUTORES de los Evangelios, no nos presenta como tales ni á los hebreos ni á los egipcios. Las cosas en sí lo impedian, pues es contrario á ellas que las frases "segun los hebreos, segun los egipcios," se entiendan como refiriéndose á autores particulares.

Explicando M. Renan á su modo las cuatro fórmulas, nos advierte que con ellas se ha querido decir absolutamente que en los cuatro Evangelios se hallan compiladas las tradiciones de cada uno de los cuatro apóstoles, y en esto no puede ocultarse el abuso del lenguaje á los menos perspicaces. Y cómo no podía ser de otra suerte, si consultando el catálogo de los apóstoles, tal como se lee en los Evangelios y se repite en los Actos, se encuentran los nombres de Juan y de Mateo, pero no así los de Lucas y de Márcos? Estos no fueron del número de los apóstoles que pone Pablo á la cabeza de la gerarquía, sino del número de los evangelistas que coloca en el tercer lugar al decir (Efes. IV, 11.) "Y Cristo hizo á unos apóstoles, á otros profetas y á otros evangelistas."

Pág. 109, lin. 38 y siguientes. La consecuencia de que es de San Juan el cuarto Evangelio, experimenta una gran dificultad en salir de la pluma de M. Renan.

Si hay entre los cuatro evangelios canónicos alguno que hubiera debido al parecer disipar toda sospecha de fraude ó de impostura, es el de S. Juan, porque ó no se revela en ninguna parte el Salvador del mundo, ó se halla en esas páginas que retratan su fisonomía con un acento de verdad inimitable. Así es que desde la oscura secta de los Alogos hasta la pretendida reforma, nadie se habia atrevido á emitir una duda sobre la autenticidad de esta obra. Cuando en 1820 las *Probabilia* de Bretsneider vinieron á poner en cuestion lo que consideraban la fe y la ciencia como punto incontestable, se levantó una voz unánime de reprobacion contra el escritor de Gotha. El mismo autor de este escándalo reconoció que habia avanzado á la ligera. No hubo nadie, hasta el doctor de Wete, tan temerario en materia de crítica, que no se creyese obligado á protestar contra una tesis insostenible. Es verdad que Strauss, y despues de él la escuela racionalista de Tubinga, y á su cabeza Baur y Sel-Wegler, reprodujeron por su cuenta las proposiciones de Bretsneider; pero Strauss daba tan poco valor á estas futilidades, que se servia de ellas ó las sacrificaba una á una segun convenia á su objeto. En resumen, si el ataque del racionalismo alemán contra nuestros libros sagrados ha tenido un resultado sólido, claro y generalmente reconocido, es el de haber puesto al Evangelio de San Juan, para lo sucesivo, fuera de todo ataque.

Hoy el émulo de los Socinianos exhala su mal humor contra el Evan-

gelo de San Juan, contra ese libro admirable que según se complacia en decir el sabio Herder, fué escrito por mano de un ángel; y se comprende tal aque, porque este magnífico testimonio de la Divinidad de Jesucristo estorba en extremo á cuantos la niegan.

M. Renan apoya sus dudas en las omisiones que advierte en este Evangelio y en algunas diferencias en el tono y estilo de algunos pasajes respecto de los otros Evangelios.

Pero los primeros escritores de la Iglesia, mucho más próximos á los orígenes que nosotros, reconocen unánimemente el carácter distintivo y el objeto del Evangelio según San Juan. Comparando los testimonios de San Ireneo, de San Clemente de Alejandría, de Eusebio, de San Jerónimo y de San Epifanio, se ve claramente que San Juan se propuso completar el relato de los otros evangelistas, reproduciendo toda una serie de acciones y discursos del Señor que estos habían omitido; porque ningún evangelista ha tenido intención de relatar todas las palabras y todos los actos del Maestro, según lo declara formalmente San Juan (XX, 30). Por esto omite mencionar la mayor parte de los hechos y de los discursos ya referidos por San Mateo, San Marcos y San Lucas, sin exceptuar la Transfiguración, no obstante haber sido uno de sus testigos privilegiados, porque supone sabido todo esto por la relación auténtica de sus antecesores. El, que da tanta importancia á la prueba sacada de los milagros del Salvador (II, 11; XII, 37; XX, 30), mira como superfluo repetir los prodigios puestos ya en conocimiento de todo el mundo por los demás evangelistas. Al paso que éstos se circunscriben principalmente al cuadro de la predicación de Jesucristo en Galilea, San Juan se fija sobre todo en trazar la enseñanza de Jesucristo en Jerusalén y en la Judea, en el templo y entre los doctores de la ley. Escena, auditorio, interlocutores, todo difiere con frecuencia respecto de los unos y del otro. ¿Y es de extrañar que ocasionen algunas diferencias en el discurso y el estilo, materias y situaciones distintas? (Véase el folleto del abate Freppel, titulado: *Exámen crítico de la Vida de Jesús* por M. Renan.)

San Juan se fijó especialmente en la parte sacramental y dogmática de la revelación de Cristo; quiso contestar á Cerintio y á otros herejes que preludiaban los errores del gnosticismo. Sus predecesores habían considerado al Hombre-Dios en su vida en el mundo; San Juan, semejante al águila que le sirve de emblema, se elevó hasta los cielos para escribirnos el origen eterno del Verbo Divino, y por eso llaman los Padres espiritual al Evangelio de San Juan, al paso que llaman corporal al de S. Mateo. (Véase el folleto de M. de Arros, titulado: *Ojeada sobre la Vida de Jesús* de M. Renan.)

Pág. 110, lin. 2. M. Renan no puede perdonar al evangelista San Juan el tono místico de los discursos que en su Evangelio pronuncia Jesús sobre su filiación divina y su encarnación humana, y hace de ello un cargo á San Juan.

Los tres primeros Evangelios reproducen una parte de los discursos de Jesucristo, y el cuarto reproduce otra. Aquellos repiten las palabras del Salvador, cuya sencillez suave, ingenua, popular, llena de gracia, unión, naturalidad y abandono, constituye su principal carácter; éste hace conocer la parte más elevada de las revelaciones y enseñanzas del

Hombre-Dios. Es el mismo Jesús, pero bajo distintos aspectos: allí es Jesús hablando especialmente como legislador de los pueblos y Salvador del mundo; aquí es Jesús hablando especialmente como Verbo encarnado, como sabiduría eterna del Padre y como doctor de las naciones; allí se baja para instruir á los humildes; aquí, al contrario, se eleva para confundir á los soberbios. Pero no hay entre estos dos modos nada inconciliable, y espresándose Jesús como quiere San Mateo, pudo espresarse como quiere San Juan. (Segunda pastoral del Obispo de Nimes.)

¿No es distinta una enseñanza en el tono y la forma, según lo es el asunto, los oyentes y las circunstancias? dice el abate Freppel en su folleto contra la obra de M. Renan. ¿No es natural que cuando el Salvador trataba de instruir al pobre pueblo de Galilea, usara otras espresiones y otra forma que cuando contestaba á las argucias de los doctores de la ley en Jerusalén? ¿Quién no comprende que en una conversación con uno de los principales sabios del país, ó en el comercio íntimo con aquellos á quienes destinaba á predicar su doctrina, antes de separarse de ellos en la última cena, pudiera en semejantes circunstancias enseñar verdades que no decía de ordinario á la multitud, al menos en una forma tan elevada? ¿No se indica con claridad esta distinción en el Evangelio de San Lucas? (VIII, 10.) "A vosotros os he dado á conocer el misterio del reino de Dios, pero á los otros, hablo en parábola." Sí, pues, se encontrase entre los cuatro evangelistas, tres cuyo objeto particular hubiera sido reproducir *sobre todo* esta enseñanza parabólica, moral, popular, mientras se hubiera dedicado el cuarto, *principalmente* á poner por escrito la parte dogmática, sacramental, mística, si se quiere, de la revelación de Cristo; ¿deberíamos admirarnos de hallar entre sus relatos alguna diferencia de tono, de forma y de colorido? ¿Y si esta diferencia resultase de la diversidad del asunto, de los oyentes y de las circunstancias, formaría una preocupación desfavorable á la veracidad de su testimonio? Para que así fuera sería necesario nada menos que una candidez extraordinaria ó poca buena fe.

Finalmente, como dice el abate Julio Loyson, en su folleto contra M. Renan, el dogma cristiano de la inspiración misma no ha llegado nunca á pretender que se refieran las palabras de Jesucristo testualmente por los Evangelios. Todo lo que se quiere es que se espese fielmente su sentido y valor dogmático ó moral. Así es que aun cuando hubiera San Juan recargado algún tanto los discursos de N. S., no se seguiría de aquí que hubiese alterado su enseñanza.

Pág. 116, lin. 12. Así ha salido la cosa más bella del mundo de una elaboración oscura y completamente popular.

M. Renan olvida aquí que los apóstoles vigilaron siempre con sumo rigor por la tradición cristiana; que sus predicaciones se fundaban en las palabras y en los hechos de la vida del Señor, y que nada se dejó á la casualidad y á la libre interpretación de cada uno.

Además, lo que prueba la confianza que han inspirado los cuatro Evangelios á la sociedad cristiana, es la indiferencia con que se miraron desde entonces todos los diversos relatos que trataron de hacer desear los evangelistas, y la facilidad con que fueron aquellos olvidados.

Pág. 117, lin. 25. El Evangelio de San Lucas es un documento de segunda mano: en él se advierte al escritor que compila, que exagera lo maravilloso, etc.

Viendo San Lucas que habian escrito algunos cristianos sin autoridad las palabras y acciones de Jesus, trató de oponer á estas historias que podian ser no muy exactas, su Evangelio que sabia por el mismo S. Pablo y los demas apóstoles. San Lucas es por confesion del mismo Strauss, el compañero de San Pablo, que escribió los actos de los apóstoles. Además tuvo ocasion de conversar con los testigos oculares de las acciones de Jesus, puesto que fué natural de Antioquia, donde ejerció la medicina antes de viajar con San Pablo, y sabido es que Antioquia, sedo principal del cristianismo apostólico, despues de Jerusalem, mantenía un comercio nacional con Palestina. (Véanse los Actos y la epístola á los Gálatas).

Pudo, pues, ver San Lucas á los discípulos inmediatos de Jesus, y particularmente, visitó á Santiago, pariente del Salvador y á todos los mas ancianos congregados en este lugar (V. Act. 21, 8). El gran conocimiento de las relaciones entre los griegos y los romanos que revela en sus Actos, y el proemio que pone á la cabeza de su Evangelio, á la manera de los griegos; revela en San Lucas un historiador ilustrado. (V. el folleto de M. J. Arros).

Pág. 119, lin. 26. (V. la nota á la pág. 13.)

Pág. 136, lin. 1 y siguientes. En el estado natural de las cosas, no se revela Dios á nosotros por medio de sus obras. Su lenguaje es la creacion. Era, pues conforme á este primer estado de cosas, que queriendo revelarse mas particularmente á su criatura, obrase mas particularmente como Criador, y como fuera de la naturaleza existente no podia verificar actos de Criador, sino por medio de actos *sobrenaturales*, de milagros, estos actos extraordinarios de creacion eran los únicos medios de revelacion extraordinaria del Criador.

Esta hermosa doctrina se apoya enteramente en la enseñanza de los Santos Padres, y en especial en la de San Agustin quien (in Joann., Tract. XXIV), demostró perfectamente el objeto general de los milagros, así como el lugar que ocupan en el plan divino y en el gobierno del mundo, con las siguientes palabras:

“Los milagros que hizo Nuestro Señor Jesucristo, dice este santo, son obras divinas, y avisan por medio de cosas visibles á la inteligencia humana que se eleva á Dios. Porque como Dios no es una sustancia que puedan ver nuestros ojos, y como los milagros por los cuales gobierna al mundo y provee á las necesidades de todas las criaturas, han llegado á ser poco estimados por su continuidad, de manera que apenas hay nadie que se digne prestar atencion á sus obras, no obstante lo admirables y pasmosas que son en cada grano de cada semilla, hay otros que se ha reservado en su misericordia para hacerlos en los tiempos oportunos fuera del

curso acostumbrado y del orden de la naturaleza, para escitar con estos milagros, no mas grandes que los anteriores, sino extraordinarios, mas raros ó poco frecuentes, la admiracion de aquellos que no aprecian debidamente los milagros cotidianos. En efecto, mayor milagro es regir el universo que saciar á cinco mil hombres con cinco panes, y no obstante, nadie admira el primero mientras se admira el segundo, no porque sea mas grande, sino porque es mas raro. Porque ¿quién sostiene aún en el dia el mundo entero, sino el que produce las mieses, con un reducido número de granos? Jesucristo procedió, pues, como Dios: y así como con un pequeño número de granos multiplica las mieses, así multiplicó los cinco panes, porque Cristo tenía este poder. Estos cinco panes eran como semillas, no confiadas á la tierra, sino multiplicadas por el que hizo la tierra. Así lo que hizo mella en nuestros sentidos se dirigía á conmover nuestra alma; lo que se nos puso á la vista, tenía por objeto ejercitar nuestra inteligencia para que fuéramos conducidos de las obras visibles á la admiracion del Dios invisible, y que, elevados á la fé y purificados por la fé, desearamos ver á este mismo ser invisible, despues de haber aprendido á conocerle, no obstante ser tan invisible, por medio de las cosas visibles.”

Segun, pues, este testo, lo que distingue el milagro á los ojos del creyente es el ser insólito, no superior al poder de Dios, sino fuera del orden acostumbrado de la naturaleza.

Así como cuando nuestra mano levanta una piedra, dice el reverendo padre Gratry en su comentario al Evangelio segun San Mateo, no destruye ley alguna, sino que sobrepone á la ley y á la fuerza de la atraccion otra fuerza sometida á otras leyes, á saber, la fuerza de mi cuerpo vivo que gobierna á mi voluntad libre, asimismo cuando sobrepone Dios su fuerza á las fuerzas de la naturaleza, las fuerzas superiores vencen y envuelven á las menores, pero sin absorberlas, sin destruirlas, sin quitarles parte alguna de sus efectos, de suerte que subsisten todos ellos aunque compuestos.

Y M. Laménais, en sus buenos tiempos, decia sobre esta materia: Jamás Dios al revelarse al hombre y al dictarle sus leyes, separó los prodigios de su poder de las maravillas de su pensamiento, á fin de que, reconociendo en esta señal infalible la autoridad suprema que obedece el universo, el hombre, incapaz de comprender todas las verdades que debe creer, obedeciera por sí mismo á la palabra del Eterno Infinito.

Finalmente, conforme á las enseñanzas de Orígenes (contra Cels., I, 68; III, 25, 28), de Arnobio (cont. Gentil., I, 43), de Eusebio (Preparat. evangel., I, 3, y demost. evang., III, 2, 5, 6), y de San Agustin (de civit. Dei, XXII, 6), en los Milagros se ve á Dios inmanente en el mundo, que guia sus fenómenos, segun la altura de sus piadosos consejos.

Pág. 136, lin. 22 y 23. El milagro es, así como la divina potestad de que emana, *sobrenatural*, pero no es *contra natural*.

A pesar de lo que dice aquí M. Augusto Nicolás, debe advertirse que los teólogos dicen que el milagro puede ser *sobrenatural*, *antisnatural* y *preternatural*, esto es sobre, contra ó fuera de la naturaleza. Santo To-

más lo explica con mucha claridad en su libro contra los libertinos, (*quasi* 6^o art. 2^o, ad 3).

Circa ea que Deus miraculose facit talis solet adhiberi distinctio quod quedam dicuntur fieri supra naturam, quedam contra naturam, quedam præter naturam.

Pone á continuación ejemplos muy claros: *Sobrenatural*, cuando escende las fuerzas de la naturaleza, como la resurrección de un muerto, pues aun cuando la naturaleza puede dar la vida, no puede darla á un cadáver.

Antinatural ó contra la naturaleza, como el parto de la Virgen.

Preternatural, cuando se hace una cosa que la naturaleza puede hacer, pero de un modo que ésta no puede usar, como la multiplicación de ranas producida instantáneamente en el Egipto, la curación instantánea de la sagra de San Pedro.

El milagro sobrenatural ó *supra naturam*, se concibe fácilmente por la razón en el caso mismo de la resurrección de un muerto. La vida humana consiste en unir el espíritu á la materia, el alma racional al cuerpo humano. Si Dios pudo unir el alma con el cuerpo antes que naciera el hombre, ¿dejará de poder unir otra vez el alma con el cuerpo cuando quiera reanimar el cadáver? y con todo, á eso se reduce la resurrección; imposible al hombre, facilísimo al Omnipotente.

(Nota del censor.)

Pág. 141, lin. 20. Deberia invitarse al taumaturgo á reproducir su acto maravilloso con otras circunstancias, ante otro concurso.

En el Evangelio se lee un relato de un milagro, notable por haberse repetido su experiencia dos veces: tal es el de la multiplicación de los panes y de los peces en el desierto que traen San Math, XIV, 14; San Marc.; VI, 32; San Luc., IX, 10 y San Juan, VI, 14-15. Bastaría haber efectuado este milagro una vez para convencer á los espíritus sinceros; pero hay exigencias que no pueden satisfacerse con nada. Ante otro público, en otro lugar, como exige el crítico, se repitió la experiencia y salió bien nuevamente. "Habiéndose sentado Jesus en la montaña, la multitud pasmada de admiración al oír hablar á los mudos, andar á los ciegos y ver á los ciegos, bendecian al Dios de Israel y no podian separarse de Jesus. Movidó de piedad por la fé de esta multitud, reprodujo el mismo acto maravilloso, y con siete panes y algunos peces, alimento á cuatro mil hombres, hasta que se saciaron, y aun sobraron siete cestas llenas. (Mat., XIV, 129-39.—Marc., VIII, 1-9).

M. Renan interpreta este milagro con dos palabras, atribuyéndolo á frugalidad. No podia interpretarse mejor. ¿Es tan natural con efecto ver un milagro en privaciones impuestas ó aceptadas pacientemente, gracias á una frugalidad extrema? ¿Pero mas evidente es aún figurarse en semejante caso que se ha comido hasta saciarse, encontrar natural que se traigan cestos llenos de los restos de ésta frugal refección, y considerar como profeta á quien obra tales prodigios! (Véase la carta del obispo de Grenoble).

Puede servir tambien de ejemplo, de que los milagros de Jesucristo, lejos de haberse verificado ante personas dispuestas á creer en ellos se efectuaron ante personas incrédulas y hostiles á Jesucristo, el milagro del ciego de nacimiento.

La curación del ciego de nacimiento se verificó en presencia de los fariseos y de los doctores de la ley, que no estaban en manera alguna dispuestos á creer en ella, y que eran muy hostiles á nuestro Salvador. Hubo tambien información por parte suya; se consignó el hecho de la ceguera con el testimonio de los padres del ciego: el hijo fué interrogado dos veces, y los enemigos del taumaturgo hicieron varias tentativas para negar esta curación maravillosa. (Véase San Juan, capítulo IX.)

Además, y hablando en general, en el momento en que apareció Jesus habian cesado los milagros en Jerusalén así como los oráculos, y aunque se concediese que estuvieran dispuestos en general los judíos á creer en ellos, se puede afirmar que con respecto á Jesucristo en particular estaban poco inclinados á admitirlos. Es imposible la menor duda respecto de los escribas, fariseos y sacerdotes, puesto que despreciaban ú odiaban al Hombre-Dios, y lo manifestaban así á él en todas ocasiones con bastante fuerza para que se les pudiera acusar de credulidad. De lejos, negaban sus prodigios que no habian visto; de cerca, cuando habian sido testigos de ellos, hacian cuanto podian para explicarlos por causas naturales, y cuando no podian negarlos ni explicarlos, se irritaban contra el Salvador y á veces trataban de desencadenar en contra suya la ira de las turbas con su propia cólera. La generalidad del pueblo por su parte no creia con mas facilidad en los milagros del Salvador, y solo cuando contempló con sus ojos y tocó con sus manos cierto número de hechos extraordinarios tuvo un espíritu menos rebelde, pero no dejó de conservar cierto resto de reserva y casi de desconfianza. No habia ninguno, ni aun los mismos apóstoles, que no se mostrasen lentos en creer, no solamente las consecuencias de los milagros sino su realidad. Testigo Santo Tomás. (Véase la pastoral del señor obispo de Nimes.)

Por último, hay un milagro que refiere el Evangelio y que (además de ser el cumplimiento de una gran profecía) se presta á que se verifique del modo mas completo y absoluto el examen sobre si concuerrieron en él todas las circunstancias y condiciones que M. Renan considera necesarias para que pueda calificarse el hecho sobre que versa de milagroso.

Segun la historia evangélica, cuando fué crucificado Jesus se eclipsó el sol, de suerte que se cubrió toda la tierra de tinieblas, desde la hora de sesta á la de nona (Luc. XXIII, 44, 45; Mat. XXVI, 45; Marc. XV, 23). Al testimonio de los escritores sagrados viene á agregarse el de los paganos mismos. Phlegon, liberto de Adriano, asegura que las predicciones de San Pedro se cumplieron exactamente, y habla en estos términos del terremoto y del eclipse de sol que ocurrió extraordinariamente en el momento de la muerte de Jesus y á la misma hora indicada por los evangelistas.

"El año cuarto de la 202 olimpiada hubo un eclipse de sol mayor que ninguno de los que se habian visto. A la hora sexta se cubrió la luz de tinieblas tan espesas, que aparecieron las estrellas en el cielo, y hubo un terrible terremoto."

Tales, autor griego del primer siglo, y Castor consignan tambien que en este mismo año, 18 de Tiberio, se estendió por la tierra una oscuridad súbita á la hora de medio dia. Y la prueba oficial de este hecho existia por lo menos cuatro siglos despues. Tertuliano decia á los paganos, ha-

blando de este prodigio: "Lo hallareis consignado en vuestros archivos," y el mártir S. Luciano, hombre de vasta erudición, respondía en el interrogatorio que sufrió antes de ser llevado al suplicio: "Si rehusais referiros á mi testimonio sobre la divinidad de Jesucristo, no tenéis mas que consultar vuestros anales y ojear en vuestros propios archivos, y vereis que en tiempo de Pilatos, y cuando padeció Cristo, desapareció el sol y fué reemplazada la luz por tinieblas." Los anales de la China atestiguan asimismo que el 7º año del reinado de Konan-on-Ti, que cae en el año 33 de la era cristiana, y el día 30 de la 3ª luna, que corresponde á fines de Marzo, que fué el tiempo de la muerte de Jesús, hubo un eclipse total de sol y profundas tinieblas que duraron tres horas enteras.

He aquí pues un hecho que tiene todas las garantías históricas apetecibles y que se apoya en declaraciones conformes de testigos idóneos. ¿Se creerian nuestros críticos con derecho á desechar este acontecimiento, á pretesto de no haber pasado á vista de los astrónomos, y de no haberse invitado á una comisión nombrada por la Academia de Ciencias á regular sus condiciones? Pero además de que pudieron observarlo los astrónomos de aquel tiempo, lo mismo que los demás mortales, y que hubieran debido reclamar contra el relato de los historiadores si lo hubieran juzgado falso, ¿hay necesidad de ellos para saber que el mundo se halle sumergido súbitamente en tinieblas á la hora de medio día? ¿Es esto tan difícil de probar? Lo que se deberá averiguar por los astrónomos no es pues el hecho, el cual es inequívoco, sea el que quiera su testimonio, sino únicamente la cualidad del hecho. ¿Provenian estas tinieblas de las leyes de la naturaleza ó de la intervencion de una causa superior? En otros términos, ¿debemos ver en ellas un eclipse ordinario ó un milagro? Esto es lo que pueden decir en el día, lo mismo que en el que aparecieron. Si de sus cálculos astronómicos resulta que en el día de la muerte de Jesucristo, es decir en la Pascua de los judíos, y por consiguiente en la época de plenilunio debió verificarse en toda la tierra un eclipse de tres horas, convendremos en que este fué solo un hecho natural, sin relacion alguna con lo que ocurría en el Calvario; mas si, por el contrario, resulta de aquellos mismos cálculos que este eclipse era imposible segun las leyes naturales (y sabido es que no puede verificarse un eclipse de sol sino el día de conjuncion de luna nueva, y que el eclipse total mas prolongado solo dura cinco minutos), deduciremos sin temor la consecuencia que estas tinieblas fueron un acontecimiento milagroso y un testimonio patente de la inocencia y de la divinidad del que espiró, como rey de los judíos, en un infame cadalso y entre dos ladrones. (Véase el folleto del abate Crellier, titulado: *M. Renan batallando contra lo sobrenatural y el milagro.*)

Pág. 144, lín. 29 y siguientes. Hostigado de continuo, no obraba por sí mismo.... Toleraba ó se veía impulsado á hacer los milagros que exigía de él la opinion, mas bien que los obraba voluntariamente.

No solamente hizo Jesús milagros desde el principio de su ministerio, sino que solo despues de haberse captado autoridad por la multitud y celebridad de sus milagros, dirigió al pueblo los discursos que traen S. Mateo y S. Lucas. Cuando quiso mostrar á los discípulos que era el Mesías,

hizo delante de ellos grandes prodigios y les dijo: "Id á decir á Juan lo que habeis oido y lo que habeis visto. Los ciegos ven, los cojos andan, son curados los leprosos, los sordos oyen y resucitan los muertos." (Luc., VII, 21 y 22.)

Es cierto que no siempre quiso Jesús que se publicaran prontamente algunos milagros, pero era porque no queria hacer alarde de ellos y por contemplacion á algunos espíritus débiles y aun á sus enemigos. Es cierto tambien que no quiso prestarse á las súplicas de los fariseos, que le pedían hiciera un milagro inútil y por capricho; pero no es verdad que, como dice M. Renan, se negara á ello obstinadamente. No se negó á hacer respecto á estos toda clase de milagros, remitiéndoles al de la Resurreccion, que debía coronar y sancionar todos los demás segun se dice formalmente en uno de los pasajes que cita el mismo crítico. (Math., 19, 40.) (Véase la carta del obispo de Grenoble, escrita á uno de sus vicarios.)

Pág. 145, lín. 17. La fama atribuída ya á Jesús dos ó tres hechos de esta clase.

Los hechos de que habla aquí M. Renan, como si se hubieran realizado secretamente ó ante testigos escogidos, son:

La resurreccion del hijo de la viuda de Naim, ante un gran gentío de todas clases y condiciones, en un tiempo en que eran poco numerosos los amigos de Jesús para que no se comprenda que muchos de los testigos le eran mas hostiles que favorables.

El segundo hecho, la resurreccion de la hija del jefe de la Sinagoga. En este hecho se consigna ó demuestra su muerte: habiendo llegado ya los músicos y todos los que, segun costumbre, debían concurrir á la pompa de los funerales.

Estos dos hechos tuvieron toda la publicidad posible, y no puede decirse que fueran escogidos ó preparados los testigos.

El uno acontece ostensiblemente en una casa invadida ya por toda clase de personas; el otro á la puerta de la ciudad ante un gentío en que habia muchas personas indiferentes á Jesucristo, y sobre todo, mas enemigos que amigos suyos.

La una se halla muerta, pero no sepultada; la otra se halla depositada en el féretro y sacada fuera de la ciudad.

El tercero se refiere á una persona no solamente muerta, sino enterada en el sepulcro. Esta persona es Lázaro.

Adviértase que, segun costumbre invariable de los judíos, acudían los amigos del difunto durante los tres primeros días de su muerte á ver el cadáver, por creer que revoloteaba al rededor de éste su alma durante aquellos días, y que no lo abandonaba hasta que se descomponía el rostro; y solo despues de la tercer visita comenzaban las lamentaciones, porque hasta entonces no se consideraba como indudable la realidad de la muerte.

M. Renan sabe todo esto, pero lo olvida y no tienen para él importancia alguna todas estas circunstancias reunidas que deben satisfacer á los espíritus mas descontentadizos y que responden á las condiciones de publicidad, de notoriedad y de evidencia que M. Renan mismo ha sentado.

Hace cuatro días que se halla Lázaro en el sepulcro; Jesús le cree

muerto: las lágrimas de sus hermanas, el olor fétido que exhala el sepulcro, todo le confirma en su persuasión, y de la cual participan todos los asistentes. La mayor parte, procedentes de Jerusalén, habían hecho su visita al sepulcro: escribas, herodíenses, doctores, sacerdotes y fariseos, porque había gentes de todos los partidos en la multitud congregada, y además los enemigos de Jesús que estaban dispuestos á negar todo cuanto pudieran, y que componían el mayor número, puesto que, como dice M. Renan, hasta aquella época había hecho Jesús muy pocos discípulos. Y todos tienen la misma convicción, sin abrigar la menor duda, sin decir una sola palabra sobre que aquello fuera una ilusión ó un engaño, porque esto solo cabía que lo hiciera M. Renan diez y nueve siglos después del acontecimiento, mostrándose de esta suerte mas hostil á Jesús que los escribas y los fariseos. (Véase el folleto del abate Pinard, titulado: *Notas para uso de los lectores del Jesús de M. Renan.*)

Pág. 146, lín. 4 y siguientes. La emoción que experimentó Jesús pudo tomarse por los asistentes por esa turbación, ese estremecimiento que acompaña á los milagros; queriendo la opinión popular que la virtud divina fuera en el hombre como un principio epiléptico.

La virtud divina á que se refiere el Evangelio al decir que salía de Jesucristo una cosa como una virtud, era una eficacia misteriosa que se exhalaba sin fatiga de su persona adorable, como se exhala de la flor el perfume, como del rol sale y se difunde el rayo. Generalmente se ha visto en este hecho un brillante testimonio de la Divinidad de Jesucristo, puesto que sin la intervención de su persona y por el solo contacto de su túnica se curaban instantáneamente las enfermedades mas pertinaces. Respecto á los estremecimientos, solo en un milagro parece turbarse Jesús, en el de la resurrección de Lázaro, por lo mucho que le amaba; y así lo comprendieron los mismos judíos, puesto que exclamaron: ¡Ved cómo le amaba! Pero cuando llegó la hora de verificar el milagro permaneció tranquilo y sereno. Además, es muy sencilla la explicación de estos estremecimientos, que se obstina M. Renan en considerar aquí como indicios de charlatanismo, puesto que eran efecto de la impresión que experimentaba Jesús, y que quería manifestar, ya para instrucción de los que los presenciaban, ya para escitar mas su atención. (Véase la carta del señor obispo de Grenoble.)

Pág. 173, lins. 4, 5, 14 y siguientes. M. Renan afecta cercenar el nombre del Salvador. Nunca le llama mas que Jesús, suprimiendo el gran nombre de Cristo.... En cuanto al nombre mismo de Jesús, cree M. Renan añadir, que era un nombre muy comun; pero naturalmente se buscaron en él misterios.

De esta suerte quiere M. Renan aminorar la grande importancia y la sublime significación que tiene el nombre de Jesús unido al de Cristo. Siendo el original del nombre de Jesús, según fray Luis de Leon en su obra, *Los Nombres de Cristo, Jehosuah*, todas cuyas letras se contienen

en el nombre de Dios (*Jehovah*), y significando además *Salvador*, según su raíz hebrea *Jasha*, revela desde luego la idea de Dios Salvador; y queriendo decir el nombre de *Cristo*, Mesías, Enviado, Rey y Pontífice, unidos ambos nombres de Jesús y de Cristo, denotan el Dios Salvador, enviado como rey y pontífice al mundo; la venida de Dios mas superior y elevado de lo humano al mundo, unidos para salvarlo.

Respecto de los misterios y de la alusión al carácter de Salvador que indica M. Renan haberse buscado en el nombre de Jesús, indudablemente se prestaba este nombre á misterios, mas no á misterios forjados por los hombres después del nacimiento de Jesucristo para darle importancia, sino á misterios revelados antes de su nacimiento por el Angel del Señor al aparecerse á Josef y decirle: "Josef, no temas retener á María tu mujer, porque lo que ha de nacer en ella será obra del Espíritu Santo, y parirá un hijo, y le pondrás por nombre *Jesús*, porque ha de salvar á su pueblo de sus pecados." (Math. I, 20, 21.) Y por el arcángel San Gabriel al decir á María: "No temas, María, porque has hallado gracia delante del Señor; concebirás y parirás un Hijo, á quien darás el nombre de *Jesús*." (Luc., I, 30, 31.) Así pues, según el relato de los dos evangelios, el hijo de María recibió aquel nombre antes de nacer, habiéndolo notificado dos ángeles en dos visiones distintas, el uno á María y el otro á Josef. Dios mismo fué quien eligió este nombre para designar la gran misión salvadora á que destinaba á Aquel que debía llevarlo. No es pues esta designación un hecho humano y arbitrario: el cielo es quien fijó el nombre del recién nacido antes de que dejara el seno virginal de María.

Pág. 173, lín. 32. M. Renan no quiere que naciera Jesús en Belén, á pesar de la historia evangélica (sino en Nazareth).

M. Renan apoya su proposición, pretendiendo que Jesús nació en Nazareth, en llamar San Mateo á Nazareth la patria de Jesús (XIII, 54); y asimismo San Marcos (VI, 1); en haber dicho San Lucas que fué criado en Nazareth Jesús (IV, 16); en llamarle Nazareno y Galileo el evangelista San Juan (XIX, 19). Apóyase tambien en no considerar histórico el viaje de la familia de Jesús á Belén, por el motivo que se le atribuye, negando que Jesús fuera de la raza de David, y en no concebir que se hubieran visto obligados los padres de Jesús á ir á empadronarse desde Nazareth á Belén, y finalmente, en que el empadronamiento verificado por Quirino á que refiere la leyenda el viaje á Belén, es diez años por lo menos posterior al en que, según San Lucas y San Mateo, nació Jesucristo.

Respecto del primer fundamento, sobre decir San Mateo y San Marcos que era Nazareth la patria de Jesucristo, debe advertirse que con esta palabra *patria*, no se designa solamente el país en que se nace, sino tambien el en que se reside habitualmente, en el que existen el centro de la familia, el patrimonio, los recuerdos de la vida. No hay duda que se llama patria el lugar donde se nace, aun cuando se le abandone en la infancia, pero se designa mas solemnemente con esta nombre el punto en que prolonga la existencia sus raíces mas profundas y duraderas. Así se verificaba con Jesucristo respecto de Nazareth, designándose esta población como su *patria*, y llamándosele á él mismo Nazareno, Galileo, por

que residió comunmente en Nazareth con Josef y María, en cuya compañía permaneció por mas de treinta años (Lúc., II, 41, 42, 43). Pero estos textos, especialmente el de San Mateo, en que se usa de la palabra *patria* relativamente á Nazareth, no pueden prevalecer ni destruir la fuerza del testo del mismo evangelista (cap. 3, v. 3, 4, 5 y 6), en que dice circunstanciada y terminantemente que "habiendo nacido *Jesus en Belén* de Judá en los dias del rey Heródes, vinieron del Oriente á Jerusalén unos magos;" en que refiere el nacimiento de Jesus en Belén, el cumplimiento de la profecía de Micheas, que ocupaba y dominaba todas las almas, sobre que Jesus naciera *en Belén*, espresando circunstanciada y positivamente el anuncio hecho á Heródes por los principes de los sacerdotes y los escribas del pueblo de que debía nacer Cristo *en Belén*, el hecho de enviar este rey á Belén á los magos que venian de Oriente siguiendo la estrella que los habia de designar el sitio en que habia de nacer Jesus, y el de haber encontrado éstos y adorado efectivamente al niño recién nacido *en Belén*. Así, pues, aunque quisiera hallarse contradicción entre la palabra fugitiva *patria* usada en el cap. XIII, v. 54, y el relato del cap. 2, v. 1 y siguientes, no podria aquella destruir la fuerza de este, puesto que afirmando y repitiendo San Mateo en una narracion seguida y terminante que nació Jesus *en Belén* preciso es dar á lo que dice como de paso de Nazareth una interpretacion que deja en pié aquel testimonio.

El testo de San Lúcas sobre que Jesus fué *criado* en Nazareth se halla tambien explicado y suplido, digámoslo así, por el testo del cap. II, v. 1 y siguientes, en que traza este evangelista el admirable relato del viaje de María y de Josef á Belén para empadronarse: *el nacimiento de Jesus en Belén* en el pesebre que le sirve de cuna; "y estando allí (en Belén), se cumplió el tiempo en que habia de parir, y *parió* á su hijo primogénito (v. 6 y 7); la aparicion milagrosa de los ángeles á los pastores que guardaban sus rebaños, la adoracion del recién nacido con el título de Salvador por estos humildes pastores en presencia de María y de José, que admiran, meditando, las maravillas que oyen referir. Este relato es de gran exactitud y coincide confirmándolo con el de San Mateo. San Lúcas usa de una espresion mas suave en el primer testo que la de San Mateo, puesto que dice que Jesus fué *criado* en Nazareth, pero tanto el uno como el otro evangelista declaran terminantemente que *Jesus nació en Belén*.

Funda tambien M. Renan su asercion en que no dice nada San Juan del viaje á Belén, y en que llama á Jesus Nazareno y Galileo; pero respecto de lo primero no dice nada San Juan porque ya lo habian verificado los otros evangelistas, y respecto de lo segundo, San Juan no llama por sí Nazareno á Jesus, sino refiriéndose á conversaciones sobre Jesus entre judíos y otras personas y en especial Nathanael, que estaba aun imbuido de las preocupaciones de su nacion.

Respecto á la afirmacion de no ser Jesus de la familia de David, no hay mas que leer las genealogías que lo proclaman de esta descendencia en San Mateo (I, 1, 5 y 20) y en San Lúcas (III, 31, y I, 27). Además, el ángel que anuncia á María los misterios que habian de realizarse en ella, le dice que concebirá un hijo que se llamará el Hijo del Altísimo y que el Señor le dará el trono de David su padre (Lúcas, I, 31 y 32), y así se le llama y por tal se le reconoce repetidas veces, segun otros varios textos (Már., X, 47, 48; Lúc., XVIII, 38 y 39; Mat., XXI, 9, 15).

M. Renan pretende que estas genealogías son discordantes, pero no por eso son inconciliables, y hace ya catorce siglos que las conciliaron San Hilario, San Gerónimo y San Agustin. Pretende asimismo que ninguna de ellas fué afirmada por Jesus en los Evangelios, como si los evangelistas no hubieran tenido que buscar en la familia de Jesus estas genealogías, y en su consecuencia, como si no hubieran sido aprobadas por Jesus. ¿Y no es sabido tambien, que segun dice San Juan (XXI, 25), los evangelistas no reprodujeron todo lo que dijo é hizo el Salvador? Además, ¿no hizo aquella afirmacion indirectamente Jesus cuando llamado unas veces por las turbas y otras por los lisiados *Hijo de David*, en vez de negar este título, lo aceptó en silencio? Finalmente, ¿no se anunció ser el Mesías, el cual debía salir del tronco de David?

En cuanto á no comprenderse la razon por la que se vieran obligados los padres de Jesus á ir á empadronarse á Belén, no se sigue de aquí que aquella no existiese realmente, habiendo podido desaparecer en el abismo de diez ocho siglos que nos separan del nacimiento de Jesucristo. ¿Y no era interesante para los romanos saber dónde se hallaban las diferentes tribus judías, y la accion que el tiempo habia ejercido sobre ellas? ¿No era suficiente este motivo para que se obligase á las familias á dar sus nombres en los mismos lugares en que habian habitado sus padres? Además, sabido es que era costumbre en Roma hacer cada cinco años un estado de todos los ciudadanos y de sus bienes, y que Augusto fué el primero que estendió esta disposicion económico-política á todas las provincias del Imperio.

Pero la gran dificultad parece consistir en ser, segun M. Renan, la fecha del empadronamiento verificado por Quirino, posterior en diez años por lo menos al año en que, segun San Lúcas y San Mateo, nació Jesucristo, puesto que dicen que nació en el reinado de Heródes, y que el empadronamiento no se verificó hasta despues de la deposicion de Arquelaos, esto es, diez años despues de la muerte de Heródes, el 37 de la era de Accio. Natal Alexandro y Pagi opinan que el testo griego puede traducirse por "este empadronamiento se hizo antes que fuese gobernador de Siria Cirino" (así llama San Lúcas y tambien Cyrenio, siguiendo la pronunciacion griega, á Quirino). Otros dicen que se llama aquí gobernador de la Siria á Cirino, no porque lo fuese cuando se hizo el empadronamiento, sino porque lo fué mas adelante, y de hecho lo habia sido cuando escribió San Lúcas su Evangelio, cuyo testo sobre este punto debe entenderse como si dijera: "Cirino, el mismo que fué despues gobernador de la Siria," modo de espresarse familiar á los historiadores. Segun esto, deben distinguirse dos empadronamientos: el uno verificado en tiempo de Heródes por Cirino, simple legado imperial; y este es el primero de que habla San Lúcas; el otro despues de la deposicion de Arquelaos, bajo Cirino, que era ya gobernador, y este es el segundo, supuesto por el primero que recuerda el evangelista.

Segun la historia, mandó hacer Augusto tres empadronamientos; el primero solo se estendió á la Judea y comenzó en 726, tres años despues de la batalla de Accio, en el sexto consulado de César Octavio y en el segundo de Agripa. El segundo principió hácia el año 746, siendo gobernador de Siria Saturnino, y siendo enviado Cirenio, personaje consular muy importante, para hacer el empadronamiento de las poblaciones, cuya direccion general tenia Saturnino: así lo atestigua Muratori en su obra *sobre las Inscripciones antiguas*, y esta es precisamente la grande opera-